

tradición popular del pueblo vándalo nos da una idea de su modo de pensar. Decláse que bajo el reinado de Genserico llegó á Africa una comision de las familias vándalas, que habian preferido quedarse en la Panonia, para solicitar de sus hermanos en una gran asamblea del pueblo con el rey la renuncia de sus derechos al territorio en aquel país, atendido que jamás se hallarian en el caso de abandonar su nueva y próspera patria para volver á aquella provincia de Europa. A esta proposicion iban á acceder el rey y el pueblo, cuando se levantó un anciano noble, famoso por su sabiduría, recordando la inconstancia é interinidad de todas las cosas de este mundo, y aconsejando no renunciar á un lugar de refugio seguro para el caso de derrumbarse su reino africano. El pueblo en su ciego orgullo se rió de este consejo; pero el rey, al contrario, lo siguió. Este cuento, pues otra cosa no puede ser, nos prueba á lo menos que el pueblo sostenia su derecho de ser consultado en asuntos de interés general, y por otro lado que en este caso se conformó con la resolucion del rey, aunque opuesta á la suya; pero quién sabe si el rey se hubiese atrevido á renunciar al derecho de propiedad del territorio en Panonia si al revés el pueblo se hubiese pronunciado á favor de la conservacion. Por tanto debemos suponer que en un caso tan trascendental como una ley de sucesion al trono, lo consultó Genserico primero con el pueblo. Procopio dice que esta ley fué su última disposicion, su testamento (*diathece*); pero en aquel tiempo no cabia en la mente de los bárbaros una cosa semejante como fácilmente se comprende, ni era ni podía ser el tal arreglo de sucesion invencion del rey ni de ninguno de ellos, sino que lo vieron practicar á los moros y lo copiaron de ellos.

Una cosa que contribuyó esencialmente á aumentar el poder de los reyes vándalos y en general de todos los reyes germanos fué la adopcion del cristianismo por el pueblo. Los emperadores romanos en las provincias conquistadas cuando la religion cristiana ya era la oficial del Estado, ampararon como aquellos la Iglesia y la fe ortodoxa, nombrando y destituyendo patriarcas, metropolitanos, arzobispos y obispos como soberanos absolutos, y aun interviniendo en contiendas sobre dogmas, en cuanto ellos castigaban á los que diferian de los admitidos como únicos verdaderos, y este ejemplo siguieron los reyes germánicos. Pero los vándalos, como todos los pueblos godos, habian sido convertidos por apóstoles herejes que les habian enseñado la doctrina de Arrio en lugar de la de San Atanasio, que era la ortodoxa católica romana; y de ahí las persecuciones que decretaron como represalias y por politica contra sus súbditos católicos. La diferencia entre ambas confesiones se basa en que los arrianos consideraban á Jesus como una «persona» muy semejante y en este concepto igual á Dios Padre, pero diferenciando de él por su esencia. No se sabe cuándo los vándalos fueron convertidos, ni cómo ni por qué se hicieron arrianos, pero es muy probable que ocurriera este cambio en la época en que fueron convertidos los pueblos godos establecidos en la cuenca inferior del Danubio, y que las causas y el procedimiento fuesen los mismos, es decir, hácia mediados y fin del siglo iv. Entonces era el emperador Valente un propagandista entusiasta de la fe arriana en todos los pueblos bárbaros establecidos con el carácter de aliados en territorio romano; y él fué quien puso la condicion de aceptar su religion á los visigodos, cuando acosados por los hunos solicitaron ser admitidos en las tierras del imperio. Podrá ser que ya anteriormente hubieran predicado el Evangelio con buen éxito á los vándalos misioneros cristianos cuando Constantino los estableció en la Panonia; pero la conversion en masa debió de ocurrir cuando la corte protegía la fe arriana y perseguía la católica. De este modo se explica natural-

mente la conversion de estos pueblos al arrianismo sin eleccion de su parte y sin recurrir á razones mas sutiles, como la de que el arrianismo era mas accesible á la comprension de los germanos, porque les presentaba á Cristo como una especie de semi-dios, pues que la teoría mística y ortodoxa de la Santísima Trinidad excedia de su capacidad mental. Como los germanos tampoco eran capaces de comprender las sutilezas y diferencias mencionadas que supone el arrianismo entre Cristo y Dios Padre, es mas natural que los bárbaros, una vez obligados á abandonar el culto de sus mayores, aceptasen el que habian aceptado su rey y las familias nobles, porque «el emperador Valente se lo habia mandado enseñar así.»

Durante su emigracion y estancia temporal en la Galia y luego en España ya habian perseguido los vándalos á los sacerdotes y cultos católicos mas por motivos politicos que por fanatismo religioso; pero en Africa empezó Genserico, á quien algunos, solo impulsados de su odio, presentan como apóstata y luego seductor de su pueblo, aquella persecucion sistemática de los católicos, que forma uno de los rasgos mas principales del imperio vándalo, y que hasta su fin raras veces se suspendió ó disminuyó. No fueron solo la codicia y el fanatismo, sino tambien y mucho mas el recelo y la fundada desconfianza los que hicieron adoptar al rey vándalo un proceder que no podia tener mas resultado que exacerbar hasta el último limite á la poblacion toda católica contra los bárbaros herejes sosteniendo y avivando el deseo de ser cuanto antes libertada por las armas bizantinas. Así hemos visto que Belisario debió principalmente á las simpatías del pueblo en masa su fácil y completa victoria. Querer exterminar toda una poblacion católica tan numerosa como la de las provincias romanas en Africa era empresa imposible; y si algunos la han atribuido á Genserico, lo han hecho gratuitamente. La verdad es que instintivamente los vándalos veian los peligros grandísimos que encerraba para su existencia el catolicismo organizado, ilustrado y poderosamente protegido, aun sin tomar en cuenta aquel otro motivo que presenta la persecucion de los católicos en Africa como represalias de la que sufrían los arrianos en el imperio bizantino.

A la llegada de los bárbaros estaba la Iglesia católica en Africa floreciente, habiendo recibido un nuevo impulso moral y espiritual en San Agustin, uno de los doctores y padres mas grandes de la Iglesia, trabajador incansable y genio sublime; cuyo espíritu quedó vivo en la Iglesia aun despues de su muerte, como lo prueban los muchos mártires que luego sellaron con su sangre la mas admirable fe. Los obispos, en número de cerca de 500, eran muy reducidos, pero aunque cada ciudad tenia su obispo, eran ricos y estaban bien dotados, con sus tierras, colonos y esclavos. Sin embargo, mas peligrosa que por su riqueza era la Iglesia por su organizacion firme y sabia, por la union admirable de sus obispos, su poderoso centro en la persona que ocupaba la silla de San Pedro en Roma, á la sazón ya universalmente reconocida como la cabeza espiritual de todos los católicos, y finalmente por el imperio de Oriente su poderoso defensor. Por esto fueron los obispos mas que nadie el blanco de la ira de los vándalos, sin contar con que por sus atribuciones que les obligaban á infringir las órdenes del rey, solian dar lugar á rigores especiales. Para destruir el sólido lazo que unia á todo el episcopado en un solo cuerpo, y para aislarlo materialmente, pusieron los vándalos á los obispos en la cruel alternativa de abrazar el arrianismo ó de perder sus iglesias y ser desterrados al desierto ó á las islas del Mediterráneo. A los ciudadanos romanos que se mostraban adictos á la corte vándala, se exigía como prueba de adhesion su conversion al arrianismo, y muchos de ellos, servidores y partidarios fieles de la causa

vándala, fueron perseguidos hasta el martirio, como los españoles Arcadio, Probo, Pascual y Eutiquio. En diferentes disposiciones se decia que el profesar la religion arriana era una de las condiciones para ocupar cargos en la corte y en el ejército; pero ya se comprende que no podia observarse siempre este principio, porque los bárbaros no podian de ningun modo prescindir de los servicios de los provinciales romanos. Que la persecucion tenia por principal motivo el temor de una coalicion con el imperio, se ve en la disminucion del rigor que acompañaba siempre el establecimiento de relaciones mas amistosas entre Cartago y Constantinopla; y por las negociaciones de los vándalos para obtener en cambio mayor proteccion para sus correligionarios en el imperio oriental. Hunerico complace al emperador permitiendo el regreso del clero expulsado del obispado de Cartago en cambio de la libertad de celebrar su culto en el imperio los sacerdotes arrianos en el idioma de sus fieles. La expoliacion de las iglesias católicas tampoco debe atribuirse exclusivamente á la sin par codicia del rey, pues hay que tener presente que al establecerse en Africa el culto arriano era indispensable dotarle de iglesias; cosa que debió de hacerse segun el método corriente de aquella época, despojando al culto competidor y odiado de los romanos. Así entregó Genserico las iglesias principales de Cartago al pueblo arriano, dotándolas con las tierras confiscadas á los propietarios romanos; y Hunerico decretó en principio la entrega de todas las iglesias católicas á los arrianos; disposicion que naturalmente no se cumplió jamás en su totalidad. A pesar de ser solo católicos y parte interesada de consiguiente todos los autores de aquella época, podemos muy bien creerles, porque lo confirman innumerables casos, cuando dicen que el clero arriano, muy inferior al católico en cultura y moralidad, atizaba los celos y el odio del rey.

Ya antes de la toma de Cartago habia comenzado Genserico la persecucion sistemática de la religion católica, y cuando ocupó aquella ciudad la extendió tambien á su clero y á su diócesis. A medida que las mitras quedaron vacantes por muerte ó destierro, se fueron suprimiendo, y solo excepcionalmente para complacer al emperador consintió el rey la eleccion de un nuevo obispo para la ciudad de Hadrumeto en 453 y al año siguiente para la de Cartago, y al celebrar la llamada paz eterna obligóse tambien á volver á abrir al culto católico todas las iglesias cerradas de la capital y levantar el destierro del clero; de suerte que en el año 483 solo habia de los 476 obispos africanos 10 vacantes.

Hunerico empezó su reinado con el deseo de no irritar á la corte bizantina, y accediendo á las instancias del emperador y de la emperatriz Placidia, permitió la eleccion de un obispo de Cartago en 479; pero cuando se creyó bastante fuerte, principió á perseguir primero á los maniqueos y luego á los católicos con una ferocidad que ha dejado impresa una mancha indeleble sobre su memoria; tanto mas cuanto que su siniestra crueldad parece haber sido menos motivada por consideraciones nacionales y políticas que por una vil codicia y un salvaje fanatismo. Excluyó á los católicos de todos los empleos; decretó confiscaciones y destierros al desierto en la escala mas vasta, como aquel de los 4,000 católicos entre obispos, clero y particulares; mandó tapiar las iglesias ó las regaló á los moros infieles, y solo el temor al imperio de Oriente le apartó de confiscar las propiedades de los obispos que morian y de castigar con elevadísimas multas las elecciones de nuevos obispos. En el año 483 comenzó aquel procedimiento sugerido por el clero arriano, que no dejaba á los católicos todos mas alternativa que abrazar el arrianismo ó someterse á la mas insostenible opresion legal.

En el día de la Ascension (19 de mayo) se publicó en

todas las iglesias de Cartago, y por medio del correo en todas las provincias del reino, la invitation dirigida á todos los obispos católicos de acudir en 1.º de febrero del año siguiente á la capital, para tener con los obispos arrianos una discusion pública sobre la religion, probar con la Sagrada Escritura que su doctrina era la verdadera, y justificarse de haber celebrado reuniones de fieles y dicho misa contra lo mandado, y por haber predicado el catolicismo en medio de la misma poblacion vándala.

Los obispos conocieron al momento que el objeto de la anunciada controversia pública no era lograr una inteligencia entre arrianos y católicos, cosa imposible, sino encontrar un motivo para legalizar la supresion total del catolicismo en Africa. En vista de esto, á fin de dar mayor publicidad á la estratagema de sus adversarios y abrir el camino á una intervencion del emperador, declararon que una cuestion tan principal como la relativa á los dogmas fundamentales de su religion, no era de las atribuciones de un concilio nacional sino de un concilio universal. En su consecuencia pidieron que fuesen convocados todos los obispos del imperio romano, y en primer lugar el mismo papa, cabeza de todas las iglesias. A esto contestó el rey indignado, que empezaran por someterle primero todo el mundo y entonces satisfaria su deseo; pero el sabio y valeroso director de la Iglesia africana, Eugenio, obispo de Cartago, se empeñó en la exigencia y se comprometió á procurar la asistencia de los obispos extranjeros, con la esperanza de reunir así colegas mas independientes y mas animosos. Por lo demás, el historiador que nos ha conservado estos detalles, el obispo Victor de Vita, añade lleno de justo orgullo, que esta exigencia no tenia de ningun modo por objeto asociarse nuevas fuerzas doctas, porque la Iglesia africana disponia de bastantes lumbreras para contestar victoriosamente á sus adversarios. Con todo, el rey insistió en lo mandado y dispuso que solo se admitiesen obispos de Africa y de las islas incorporadas al reino vándalo, y á pesar de esta restriccion llegó el número de los que se reunieron á 465. El rey además habia tenido cuidado de desterrar antes á algunos de los mas animosos y sabios, y á uno de ellos, el obispo Leto de Lepsis, hasta le sentenció á morir quemado vivo; pero todo esto no enfrió lo mas mínimo el valor de los demás, que eligieron de entre ellos diez individuos para llevar la palabra, á fin de que los arrianos no pudiesen decir que el gran número de sus contrarios les impedia explanarse á sus anchas. Estos diez representantes fueron pues los que se presentaron el día convenido á la discusion, acompañados de muchos sacerdotes y personas católicas legas.

De la relacion del cronista Víctor de Vita, resulta que el clero ortodoxo no dejó de extralimitarse en la discusion, ni de valerse de sutilezas clericales, pero tampoco merece fe la relacion oficial que echa toda la culpa á los católicos. El primer día, se exigió del clero católico que reconociera la legalidad de los dos concilios heréticos, de Rímini y Seleucia, como base de la discusion; pretension que fué naturalmente rechazada; pero al día siguiente cometieron los representantes católicos la falta de protestar repentinamente despues de haber entrado el día anterior en la discusion. Negaron al patriarca arriano Cirilo el derecho de presidir la asamblea y toda categoría, aunque en realidad quien presidia era el canceller ó ministro del rey, y cuando este empezó su discurso con las palabras: «El patriarca Cirilo...» le interrumpieron los diez, negando que el aludido tuviera derecho á llamarse patriarca, y que de todos modos si creia tenerlo lo probara primero con la Sagrada Escritura. Esta interrupcion atrevidísima fué acompañada de ruidosos aplausos de los católicos que formaban la inmensa mayoría de la asamblea. El canci-

ller quiso hacer salir á la multitud que armaba el ruido, á la cual se opusieron los obispos; pero cuando «se amenazó á todos los hijos de la Iglesia católica con cien palos,» acallaron sus escrúpulos, no sin lamentarse del abuso de la fuerza, é invitaron á Cirilo á empezar su discurso. Este, temiendo probablemente no ser bastante capaz para sostener una discusión religiosa verbal, se excusó, diciendo que no poseía el idioma latino; cosa prevista por sus contrarios, que para este caso tenían preparada una memoria ó confesion de fe escrita, en la que probaban la identidad de la esencia de Cristo y de Dios Padre, la cual entregaron, y se acabó la discusión. Los documentos arrianos, exagerando los hechos con malicia y aun desfigurándolos, dicen, que los católicos habían imposibilitado la discusión con su algarazara; acusación que se hizo entonces y que fué muy del gusto del rey, que no deseaba oír otra cosa para poder tomar las medidas que desde mucho tiempo antes tenía preparadas. En un mismo día fueron cerradas todas las iglesias católicas en el imperio vándalo, y destinados sus fondos y rentas, así como la hacienda de sus obispos, á las iglesias arrianas. Despues, por el edicto del 25 de febrero del mismo año, se proclamaron las leyes bizantinas contra los arrianos y otros herejes, aplicadas en el imperio vándalo, contra los católicos por vía de represalias. Las iglesias debían permanecer cerradas hasta que los católicos que habían imposibilitado con su gritería la discusión religiosa, estuviesen dispuestos á continuarla. Las leyes bizantinas citadas, prohibían bajo pena de confiscación, la construcción y apertura de nuevas iglesias heréticas; bajo multas y pena de destierro, la administración del sacramento del bautismo y la ordenación de sacerdotes por mano de herejes, y sus controversias religiosas, y mandaban quemar todos los libros heréticos. Todas estas disposiciones fueron aplicadas en Africa contra los católicos, y además se les privó del derecho de heredar, de hacer y de recibir donaciones, y de desempeñar cargos en la corte. La ley los declaraba «infames,» y condenaba á los que permaneciesen refractarios al arrianismo y fieles á su culto, á multas, desde 10 hasta 50 libras de plata, según fueran gente sin hogar, plebeyos, personas de respeto ó ilustres; y si seguían en su resistencia, mandaba proceder á la confiscación y al destierro. Al propio tiempo, se amenazó con grandes multas á los que ocultaran á un culpable, y con pena de muerte ó proscripción, á los jueces y autoridades superiores que no aplicasen la ley. Sin embargo, se dejó un plazo desde la fecha de su publicación hasta el 1.º de junio del mismo año, á fin de que todos los católicos tuviesen tiempo para pasarse al arrianismo. Una petición que se dirigió al rey para que revocara la ley fué rechazada; pero posteriormente prometió hacerlo, con la condición de que los obispos renunciasen bajo juramento á toda correspondencia con el extranjero, es decir, principalmente con Constantinopla y Roma, y de que presentasen una petición al rey, rogándole que nombrara sucesor suyo á su hijo Hilderico, á pesar de la ley establecida por Genserico. Luego se vió que todo era una celada para perder á unos y otros, porque aquellos que mas sagaces se negaron á prestar el juramento exigido, fundándose en la prohibición de la Biblia, fueron condenados á trabajos duros de esclavos en Córcega, porque «eran hostiles al hijo del rey;» y los que cayeron en la trampa y juraron, esperando alcanzar la anulación de la ley de proscripción, fueron castigados y desterrados también, aunque en grado algo menor, porque «habían faltado á lo mandado por la Sagrada Escritura.»

En aquella época se cometieron innumerables atropellos en personas católicas, las cuales tuvieron que sufrir, además de las persecuciones y castigos de la ley, los excesos de la

plebe arriana á ciencia y conciencia de las autoridades; pero por fortuna duró pocos meses el período del terror, por la imprevista muerte de Hunerico, acaecida en 13 de diciembre de 484. Su sucesor Guntamundo, se apresuró á hacer cesar la persecución y aun anuló expresamente el cruel edicto; hizo regresar al obispo de Cartago; restituyó á los católicos de la capital su cementerio del santo mártir Agilio en 487, y permitió por el edicto del 10 de agosto de 494 la reapertura de todas las iglesias y la vuelta de todo el clero desterrado. En el reinado de Trasamundo sufrieron los católicos nuevas persecuciones; el obispo de Cartago, Eugenio, varon distinguidísimo por su talento, instrucción y valor, fué desterrado; se prohibieron las elecciones de nuevos obispos para las vacantes que ocurrían; y cuando los obispos de la Bizacena contravinieron á esta orden desterró el rey 120 de ellos á la isla de Cerdeña; pero fuera de estos actos de violencia, Trasamundo, que era persona de talento y de gran instrucción, procuró alcanzar su objeto mas por medios artificiales que por la fuerza bruta; no castigaba á los refractarios; pero recompensaba á los apóstatas, y hacia caso omiso de aquellos; los alejaba de la corte, mientras que á los primeros hasta les indultaba si habían cometido algun crimen. Al mismo tiempo estudiaba con afán todas las cuestiones que daban lugar á controversias, y cifraba su mayor ambición en poder confundir, estrechar y avergonzar con su dialéctica á los católicos rebatiendo sus argumentos; de modo que hasta llegó á desafiar á San Fulgencio, el maestro mas consumado y erudito en la Sagrada Escritura de toda la Iglesia católica, invitándole á contestar por escrito á un cuestionario sobre pasajes de la Biblia que le mandó. En esta lucha pacífica el rey quedó muy mal parado, juntamente con su consejero, obispo hereje, con gran satisfacción de sus súbditos católicos, según los escritores que lo refieren, pero cuyos escritos no podemos confrontar con los de autores arrianos respecto de este particular.

Antes de morir hizo jurar Trasamundo á su sucesor, cuya simpatía con los católicos era conocida, que no restituiría durante su reinado ninguna iglesia á los ortodoxos ni les concedería otro privilegio alguno. Ya sabemos cómo Hilderico cumplió su palabra.

Desde Genserico vemos que la situación de los católicos mejoraba ó empeoraba, según el aspecto bueno ó malo que presentaban las relaciones entre los reyes vándalos y los emperadores de Oriente. Así alojaba ó tiraba de las riendas Genserico según las circunstancias; y su sucesor guarda á los católicos ciertas consideraciones mientras no se cree suficientemente consolidado en el trono y mientras teme la intervención del emperador; Guntamundo deja respirar á los católicos á quienes antes ha perseguido con la misma saña que Hunerico, cuando se ve acosado por los moros; Trasamundo, fuerte por su alianza con los godos, arrianos también, se burla de los católicos; Hilderico, hijo de la princesa romana Placidia, amigo de Justiniano y protegido de la corte de Constantinopla, ampara tanto á los hasta entonces perseguidos, que pasa él mismo secretamente por católico; y Gelimero que quería fundar su fuerza en su propio pueblo y en su odio al imperio de Oriente, habría renovado de seguro las persecuciones si le hubiera quedado tiempo para ello.

Excusado es decir que despues de la victoria de Belisario persiguieron los católicos á su vez á sus opresores y enemigos, los arrianos, como era costumbre en todo el imperio romano.

2.—La civilización en el reino vándalo africano

Como no hay ningun dato especial sobre el grado de cultura de los vándalos cuando abandonaron la Panonia y

conquistaron la España primero y luego el Norte de Africa, hemos de contentarnos con suponer que con poca diferencia esta civilización ó ante-civilización era la misma que en los demás pueblos germánicos, y especialmente en el grupo godo antes de su emigración. En España era famoso el fomento que dieron á la agricultura los invasores germánicos en general; y hemos visto en Africa que los vándalos victoriosos se entregaron muy luego á la vida muelle y voluptuosa de los provinciales vencidos. Procopio, como testigo ocular,

dice: «Los vándalos son el pueblo mas dado á los placeres materiales que conocemos. Desde que son dueños del Africa, se regalan diariamente con baños y con los manjares mas exquisitos, recreándose además en ostentar riquísimas joyas de oro, ropajes medos (es decir persas ó sean de seda), pasando los días en los teatros, circos y otras funciones, y sobre todo en cacerías (á la manera de todos los germanos). Desde el primer día han procurado que no les faltasen bailarines, juglares, mímicos, música y todo lo que recrea la vista y el



RESTOS DEL ACUEDUCTO DE CARTAGO

oído. Muchos viven en quintas con sus jardines, bosquecillos, abundantes fuentes y extensos parques. Siempre están bebiendo y se dedican con grandísima pasión á los placeres de Vénus.» El mismo autor dice que el jardín mas hermoso que jamás ha visto era el de la quinta-palacio real de Grasse junto á Hadrumeto, y luego alaba otra propiedad de un tal Fridamal.

Abundan los escritos en que se mencionan las costumbres inmorales, principalmente los excesos sexuales de los habitantes del Africa, en especial de los de Cartago, que tenían fama de ganar en inmoralidad, vicios y desenfreno á todos los demás habitantes del imperio incluso los de Roma. En Cartago, como también en Roma, había un funcionario especial elegido por el pueblo, y responsable al rey, que se llamaba el *tribunus voluptatum* ó sea el presidente de los placeres, y las ciudades menores estaban obligadas á dar á sus expensas en la capital diversiones públicas. Genserico publicó leyes severas contra esta disolución, cerró las casas de prostitución, desterró á los sodomitas al desierto y obligó á las mujeres públicas á casarse, amenazándolas en caso de reincidencia con los castigos mas duros. Durante algun tiempo dieron estas medidas tan buen resultado, que Salviano, autor católico, pudo presentar á los herejes vándalos como ejemplos de castidad para los católicos romanos; pero la virtud germánica y las órdenes del rey fueron luego atropelladas y vencidas por el ejemplo de los incorregibles provinciales, de modo que no solo Procopio, sino también Luxorio en sus epigramas, acusan á Genserico de haberse entregado en sus últimos años á la lujuria.

Había una pasión en el imperio romano que tenía dividida en partidos la población de todas las ciudades. De un extremo á otro, había provocado esta pasión infinitas reyertas sangrientas y hasta verdaderas batallas en las calles; por un momento estuvo á punto de costar al emperador Justiniano la vida y el trono, y de consiguiente tenía agitada también la población romana del Africa lo mismo que el resto del mundo romano. Era la pasión de las luchas del circo y en especial de las corridas de carros, en que se disputaban los ricos y dueños de caballos la fama de tener los troncos mas veloces. Había asociaciones y empresas de alquiler que gastaban sumas increíbles, y como no corrían siempre los mismos dueños en persona sino gente asalariada, ya esclavos ya alquilada con los tiros, se distinguían por el color de su ropaje los diferentes contendientes. Los partidos que con mas calor se disputaban la supremacía eran los verdes y los azules. Edificábanse circos expresamente para estas corridas; los poetas las cantaban y ensalzaban al partido vencedor, y en fin pobres y ricos estaban locos tratándose de este punto. Genserico se vió hasta obligado á publicar una orden de cerrar para siempre el circo y teatro en las localidades donde se hubiera interrumpido el orden tres veces en un mismo año, haciendo criminalmente responsables á los presidentes y empleados encargados de dirigir estas diversiones, y castigando sus descuidos con trabajo forzado en las minas, con mutilación de miembros y hasta con la hoguera. Prueban tales medidas hasta qué grado había llegado esta pasión, y cuán poblado, cultivado y próspero debía de ser el país donde podía desarrollarse tanto. En efecto, en